


Amor no correspondido

BARBARA PYM

Traducción de Irene Oliva Luque

gatopardo ediciones 

Título original: *No Fond Return of Love*

© Barbara Pym, 1961

© de la traducción: Irene Oliva Luque, 2017

© de esta edición, 2017:

Ediciones Gatopardo S.L.U.

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España).

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: junio 2017

Diseño de la colección y cubierta:

Rosa Lladó

Imagen de la cubierta:

Estación Victoria, Londres, 1951

Fotografía de Toni Frissell

Imagen de interior:

Barn Cottage en Finstock, Oxfordshire

Imagen de la solapa:

Fotografía de Mayotte Magnus

© The Barbara Pym Society

ISBN: 978-84-946425-1-7

Depósito legal: B-8226-2017

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Barn Cottage en Finstock, Oxfordshire,
donde Barbara Pym vivió de 1972 a 1980.

A Hazel Holt

CAPÍTULO 1

Existen diversas maneras de arreglar un corazón roto, pero tal vez asistir a un congreso especializado sea una de las más insólitas.

Cuando Dulcie Mainwaring se dio cuenta de que, después de todo, su prometido no quería casarse con ella —o, en palabras de él, no se consideraba digno de su amor—, durante varios meses soportó en silencio aquella desventura hasta que por fin se sintió capaz de despertar de aquel estado. Cuando le llegó el programa del congreso, lo vio justo como el tipo de actividad recomendable para mujeres en su situación: una oportunidad de conocer gente nueva y entretenerse con la observación de vidas ajenas, aunque sólo fuese durante un fin de semana y en unas circunstancias algo excepcionales.

Pues ¿qué podía ser más peculiar que un montón de personas adultas, la mayoría de mediana edad o incluso ancianas, reunidas en un internado femenino de Derbyshire con el propósito de debatir una serie de eruditas sutilezas insignificantes para el resto de la humanidad? Hasta las habitaciones —por suerte no las hacinarían en dormitorios colectivos— parecían antinaturales, con sus dos camas gemelas de armazón de hierro y la perspectiva de compartir con extraños un espacio tan reducido.

Dulcie comenzó a hacer conjeturas sobre quién sería su compañera de habitación —porque sin duda sería una mujer, ¿no era así?— y a desear que hiciese su entrada, no sin cierto recelo. Con todo, al menos sería interesante compartir cuarto con una desconocida, se dijo, animosa, y al oír los pasos que se aproximaban por el pasillo, se armó de valor y se preguntó qué se dirían la una a la otra cuando se abriese la puerta. Pero los pasos siguieron adelante y se detuvieron un poco más allá. Entonces, al mirar de nuevo la segunda cama, se percató de que tenía un aspecto sospechosamente plano, y cuando levantó la colcha descubrió que no estaba hecha. Sintió a la vez alivio y decepción. En cuanto reuniese el valor necesario, iría a comprobar quién ocupaba la habitación de al lado.

Venir había sido un error. Viola Dace se daba cuenta ahora, mientras inspeccionaba el cuarto, pequeño como una celda, con una consternación que rozó el pánico al constatar que había una segunda cama, cubierta igual que la suya con una colcha de hexágonos blanca. Así que cabía la posibilidad de que tuviese que compartir ese triste cuartucho con una desconocida... ¡La mera idea le resultaba insoportable! Levantó una esquina de la colcha con cuidado para comprobar si la cama estaba hecha; para su alivio no lo estaba, ya que debajo sólo había una almohada dentro de una funda de cutí de rayas y un montón de mantas grises. Por lo menos así tendría toda la habitación para ella sola, y quizá podría soportarlo durante tres noches.

Encendió un cigarrillo y se asomó a la ventana. Justo debajo había un arriate con un surtido de dalias espléndido, manzanas y peras en abundancia colgaban de los árboles y, a lo lejos, los páramos se extendían hasta las colinas y lo que era claramente el mundo exterior y la libertad.

Al oír un golpecito en la puerta, Viola se dio media vuelta, sobresaltada, y de forma bastante brusca dijo: «Adelante». Vio en el umbral a una mujer de treinta y pocos años, más bien alta, de rostro agradable y cabello rubio. Vestía un traje de *tweed* y unos zapatos bajos de piel calada que parecían demasiado pesados para sus delgadas piernas.

Le faltaba muy poco para convertirse en una insulsa solterona inglesa, pensó Viola, consciente de «cómo contrastaba» ella con su vestido negro, su rostro pálido, más bien demacrado, y su pelo oscuro y despeinado.

—Soy Dulcie Mainwaring —se presentó la mujer rubia—. Resulta que mi habitación está al lado de la suya. Me preguntaba si podríamos bajar a cenar juntas.

—Como guste —respondió Viola con bastante displancia—. Me llamo Viola Dace, por cierto. ¿Sabe qué hay que hacer y cómo hay que vestirse?

—Realmente creo que nadie lo sabe —contestó Dulcie—. Puede que sea como la primera noche a bordo de un barco, en la que nadie se cambia para la cena. Me parece que es la primera vez que se celebra aquí un congreso de este tipo. A veces acogen «organizaciones religiosas» y también a escritores, creo. Supongo que en cierto modo nosotras somos escritoras.

—Sí, podríamos llamarnos así —sentenció Viola.

Había sacado la barra de labios y se los estaba pintando con avidez, como si se hubiese propuesto a toda costa que su aspecto fuese lo menos parecido posible al de alguien que trabajaba en la periferia más gris del mundo académico.

Dulcie se quedó mirando el resultado fascinada, aunque aquella boca luminosa de color coral en medio de aquel rostro cetrino tenía sin duda un aire estrafalario y llamativo, y la hacía sentirse ligeramente insatisfecha de su discreto maquillaje «natural».

—Es poco habitual que organicen un congreso de gente como nosotras —comentó Dulcie—. ¿Acaso no nos dedicamos a corregir pruebas, confeccionar bibliografías e índices, y ahorrarles todas esas tareas ingratas y más bien anodinas a personas más brillantes que nosotras?

Daba la impresión de que paladeaba estas palabras casi con deleite, pensó Viola, como si se empeñase en dar una imagen de la sosería más absoluta.

—Ah, mi vida no es así, para nada —se apresuró a aclarar ella—. Yo investigo por mi cuenta y ya he empezado una novela. En realidad, he venido porque conozco a uno de los ponentes y...

Vaciló; aquel sentimiento de consternación afloraba de nuevo en ella, estaba claro que venir había sido un error. No obstante, aquella respetable señorita Mainwaring, a la que nadie podría imaginar más que haciendo todas las monótonas tareas que acababa de describir, era el tipo de persona a la que jamás en la vida se le ocurriría tener como confidente.

—Yo sólo hago trabajitos sueltos e índices —declaró Dulcie alegremente—. Me venía mejor trabajar en casa cuando mi madre estaba enferma, y desde que murió no me he planteado aceptar un trabajo a tiempo completo.

El tañido de una campana exacerbó en Viola la sensación sombría que le había producido Dulcie.

—Creo que debe de ser por la cena —dedujo Viola—. ¿Bajamos?

Seguramente, en algún momento de la velada, podría quitársela de encima.

Aylwin Forbes sacó de la maleta una petaca de ginebra envuelta entre los pliegues de su pijama, donde había viajado sana y salva desde Londres hasta ese remoto pueblo de Derbyshire. La colocó primero sobre el tocador, pero

no quedaba bien junto a las pastillas de levadura, el bicarbonato y el tónico capilar, así que, al no haber otro armario, no tuvo más remedio que guardarla en el ropero, el escondite tradicional, aunque algo embarazoso, para las botellas.

El otro objeto importante de su equipaje —las notas para la conferencia que iba a dar sobre «Algunos problemas de un editor»— lo colocó encima de la silla que había junto a la cama.

Se percató entonces de que, en realidad, encima del lavabo había un armarito, cabía suponer que destinado a los medicamentos, así que sacó la petaca de ginebra del ropero y la metió allí. Le vino una idea a la cabeza y se preguntó si las criadas serían honradas, mientras se imaginaba cómo una de ellas se llevaba la botella de ginebra a los labios y le daba un sorbo mientras arreglaba su habitación por la mañana. Bueno, era un riesgo que tendría que asumir, concluyó, e introdujo la ginebra en el armarito, junto a las pastillas de levadura y el bicarbonato; lo que no logró dilucidar fue dónde se situaría al ponerse la loción capilar, así que la dejó sobre el tocador. Después cogió las notas de la conferencia de la silla junto a la cama y las colocó sobre el tocador, al lado de sus cepillos y su cajita de piel florentina.

Lo único que ahora quedaba en la maleta era el último número de la revista literaria de la que era editor y el gran marco, también de piel florentina, que contenía el retrato de su esposa, Marjorie. Sacó la revista y la puso en la silla junto a la cama, con una ligera sensación de desagrado, como si se imaginase a sí mismo leyéndola tumbado en la cama, pero no encontró el lugar adecuado para Marjorie, así que volvió a guardar el marco en la maleta, la cerró y la empujó debajo de la cama. Al fin y al cabo, no tenía ningún sentido tenerla a la vista en este momento.

Abrió la puerta con cautela e inspeccionó el largo pasillo, preguntándose dónde estarían los cuartos de baño. Ya había dado incluso algunos pasos indecisos en una dirección cuando vio a una señora mayor con quevedos, reddecilla y una bata guateada, con un estampado de grandes flores rojas, que caminaba decidida hacia él con una toalla y un neceser. Adondequiera que él se hubiese encaminado, de seguro ella llegaría antes. Se batió en retirada a toda prisa hasta refugiarse en su cuarto, en un estado de profunda agitación. ¿Es que ni siquiera iban a segregarlos por sexo?

Los pasos de la mujer siguieron amortiguadamente su camino y tuvo la impresión de que se detenían en el cuarto contiguo al suyo. En ese momento se dio cuenta de que se trataba de la señorita Faith Randall, otra de las ponentes. En su mente apareció el título de la conferencia que ella impartiría: «Algunos problemas de la indexación». ¿Es que el tema de todas las conferencias sería «Algunos problemas de algo?», se preguntó mientras salía al pasillo, esta vez con mayor arrojo.

Al regresar a su habitación, se sirvió un poco de ginebra en el vaso del baño, añadió agua del grifo y lo apuró con bastante rapidez, como si fuese un medicamento, pues en cierto modo lo era. «Tengo que bajar a cenar», pensó, confortado al recordar que los conferenciantes se sentaban a una mesa separada del resto de los asistentes al congreso. Se acordó de la señorita Randall, con su reddecilla y sus quevedos, y se preguntó si acabaría sentado a su lado y de qué podrían hablar. «¿De los índices que he leído?» Aborto, administración, adulterio..., emancipación, embarazo, embarcaciones. ¡Caramba! Quizá se había bebido la ginebra demasiado rápido.

—¿Quién es ese hombre tan apuesto? —le susurró Dulcie a Viola mientras esperaban de pie en la antesala a que sonase el gong final para la cena.

—¿Un hombre apuesto? ¿Dónde? —Viola estaba distraída observando al resto de los asistentes, que, por lo general, no eran apuestos. En realidad, había estado preguntándose en qué clase de congreso participarían personas apuestas, salvo que fuese uno de actores o de estrellas de cine. No obstante, en cuanto Dulcie lo comentó, ella supo a quién se refería, y se sintió molesta y casi decepcionada por no haber intuido su presencia de algún modo misterioso. Levantó la vista y vio la rubia cabeza leonina, la nariz bien modelada y los ojos oscuros, tan poco habituales en alguien de pelo rubio—. Es Aylwin Forbes —dijo.

—Ah, ya. «Algunos problemas de un editor» —citó Dulcie—. Por su aspecto se diría que también podría tener otros problemas; por ser tan guapo, quiero decir. ¿De qué es editor? Ahora no caigo. Y ¿tiene él idea de cuáles son nuestros problemas?

Viola mencionó la revista que editaba Aylwin Forbes.

—Da la casualidad de que lo conozco bastante bien —añadió Viola.

—¿Ah, sí?

—Él y yo en su momento fuimos... —Viola vaciló, desenredando con cuidado los flecos de su estola negra y plateada.

—Entiendo —interrumpió Dulcie, pero lo cierto es que no lo entendía. ¿Qué fueron o habían sido en su momento el uno para el otro? ¿Amantes? ¿Colegas? ¿Editor y ayudante? ¿O simplemente él la había estrechado entre sus brazos en algún oportuno rincón, junto a los catálogos de índices, de alguna biblioteca polvorienta una tarde de primavera? Por la comedida insinuación de Viola, era imposible saberlo. ¡Qué irritante resultaba a veces la prudencia de las mujeres!

—¿Está casado? —preguntó Dulcie, tenaz.

—Ah, por supuesto... Es decir, en cierto modo —respondió Viola con fastidio.

Dulcie asintió. La gente solía estar casada, y a menudo lo estaba «en cierto modo».

Aylwin Forbes se acercaba ahora hacia ellas.

—¡Vaya! ¡Hola, Violeta! Me preguntaba si habría venido —declaró con un tono jovial que parecía haber adoptado expresamente para el congreso.

—Hola, Aylwin —respondió Viola, cohibida por la presencia de Dulcie y molesta por que la hubiese llamado Violeta. No le gustaba que le recordasen que la habían bautizado con el nombre de Violeta por algún oscuro capricho de su padre, que lo había tomado de un poema de Wordsworth: «una violeta entre la piedra musgosa, medio escondida para la vista»; qué preciosa idea, había pensado él, sin percatarse de que el nombre Violeta nada tenía que ver con aquello. Al cumplir los diecisiete, se había cambiado el nombre por el de Viola—. Veo que es uno de los ponentes —prosiguió Viola—. Seguro que nos vemos más tarde.

—Sí, tenemos que hablar largo y tendido —repuso Aylwin, pero en ese instante retumbó un gong y los numerosos asistentes avanzaron hacia el comedor, encabezados por un señor anciano de barba blanca.

El comedor era amplio y con capacidad para muchos más comensales de los que había reunidos en las dos largas mesas. Había, además, una mesa más pequeña reservada para los organizadores y los conferenciantes, hacia la que Aylwin se dirigió con celeridad; era un alivio tener una excusa para separarse de las dos mujeres. Soltó una bromita bastante mala sobre ovejas y cabras, que le pareció lo mínimo que podía hacer, y ocupó su lugar entre dos hombres de mediana edad y aspecto inofensivo; reconoció a uno de ellos, era un experto colega que les ilustraría acer-

ca de los gozos y las sombras de elaborar correctamente una bibliografía.

Dulcie y Viola, mientras tanto, habían ido a parar al extremo de una de las mesas alargadas, donde una mujer alta, con aires de suficiencia, empezaba a servir la sopa de una gran sopera. Daba la impresión de que estaba disfrutando al sumergir el cucharón en el caldo, humeante y de olor apetitoso, como si de una monja o un fraile medieval alimentando a los pobres allí reunidos se tratara.

—Al parecer, a quien se sienta en este extremo le toca apañárselas con la comida —anunció la mujer con voz alta y alegre—. ¿Les importaría ir pasando los platos?

Dulcie y Viola hicieron lo que se les pedía y todos empezaron a comer. Después de la sopa, trajeron una bandeja de carne cortada en lonchas y algunos platos de verdura que también ayudaron a servir.

—¿A qué se dedica usted exactamente? —le preguntó Dulcie a Viola sin rodeos—. ¿Confecciona índices o revisa y compagina una revista o qué?

Viola dudó, y después respondió:

—He investigado un poco por mi cuenta. Estaba preparando la tesis doctoral en la Universidad de Londres, pero tuve problemas de salud. De hecho —añadió como de pasada—, en su momento hice algún trabajo para Aylwin Forbes.

—Seguro que se lo pasó muy bien.

—Bueno, fue una experiencia estimulante, sin duda —precisó Viola, con un ligero tono de reproche—. Es muy inteligente, ya sabe.

—Sí, y muy apuesto —intervino la mujer que había servido la sopa—. Siempre digo que eso ayuda.

Dulcie la miró con curiosidad. Se les había pedido a los participantes del congreso que llevaran el nombre visible, y en ese momento se percató de que, junto a un gran camafeo delicadamente tallado de Leda y el cisne, aquella

mujer llevaba un circulito de cartulina con el suyo escrito en mayúsculas: JESSICA FOY. Reconoció el nombre, era el de la bibliotecaria de una institución académica de cierta fama, y de forma instintiva se replegó un poco, incapaz de conciliar mentalmente a semejante eminencia con la mujer jovial que había servido la sopa.

—Investigar con un hombre apuesto —prosiguió la señorita Foy—. Menuda suerte, qué envidia. ¿Cuál era su tema de investigación?

—Ah, tan sólo un oscuro poeta del siglo XVIII —respondió Viola con rapidez.

—Suerte la suya que encontró uno lo bastante oscuro para que ni siquiera los norteamericanos se lo hubiesen «agenciado» aún —comentó con sequedad la señorita Foy—. Es algo preocupante, esta escasez de poetas oscuros.

—Quizá llegue el día en que se nos permita investigar la vida de las personas normales y corrientes —intervino Dulcie—, personas que no sean famosas por nada en particular.

—¡Ah!; No caerá esa breva! —comentó la señora Foy alegremente.

—Me encanta indagar sobre la gente —confesó Dulcie—. Supongo que es una forma de compensar el tedio de la vida cotidiana.

Viola se quedó mirándola, asombrada de que una mujer reconociese una debilidad como lo era la necesidad de ser compensada.

—Podría casarse —planteó Viola sin convicción, al recordar los pesados zapatos y las piernas delgadas.

—Sí —convino Dulcie—. Podría, pero incluso si me casara, no creo que mi carácter cambiase mucho.

—Usted no permitiría que ningún hombre la moldease a su antojo —sentenció la señorita Foy en un tono convincente—, ni yo tampoco.

Dulcie desvió la mirada para disimular una sonrisa.

Viola parecía algo molesta, como si a ella no le hubiese importado que la moldeasen, pensó Dulcie. En cualquier caso, era obvio que no siempre surgía la posibilidad. A veces ocurría realmente todo lo contrario. Maurice, el antiguo prometido de Dulcie, sería incapaz de moldear a nadie, pues era de carácter más bien débil —¿había llegado ya el momento de admitirlo?— y, además, tres años más joven que ella.

—Tal vez las vidas de otras personas sean una especie de refugio —sugirió Dulcie—, donde una pueda disfrutar de su calidez.

—Pero no siempre son cálidas —dijo la señorita Foy.

—No, y entonces una acaba observando, impasible, su horror o sus penalidades, y eso de por sí es horripilante.

La señora Foy se echó a reír con aire vacilante.

—Me pregunto si encontrará usted aquí algún tema de investigación.

—Probablemente no —repuso Dulcie—. Parece un terreno de caza demasiado obvio, si entiende a lo que me refiero.

—Sí, demasiados excéntricos —convino la señorita Foy, dándose cuenta de que para ella no existía mayor placer que la clasificación de un artículo o una entrada bibliográfica complicada—. Miren, aquí llega el postre. ¿Lo sirvo yo o quieren hacerlo ustedes?

—Oh, hágalo usted —respondió Dulcie—. A mí no se me da muy bien medir las cosas. —Sintió que aquella sencilla tarea podría satisfacer en la señorita Foy una necesidad profunda que iba más allá de su mero carácter de mandona.

Al final de la comida recogieron las mesas; daba la impresión de que nadie podía marcharse sin llevarse algo, aunque sólo fuese una jarrita de crema o un tenedor sin

usar. Después pasaron a la sala de conferencias, donde les presentaron el programa del fin de semana. Les comunicaron que durante esa misma tarde no habría ninguna conferencia ni debate, sino una especie de «reunión social» para que los asistentes pudiesen conocerse un poco mejor. Se serviría café.

Viola escuchó aquel comunicado consternada, pues no era sociable por naturaleza. Si no lograba hablar con Aylwin Forbes, se iría a la cama a leer, pero la idea de encerrarse en aquel cuartito parecido a una celda no le resultaba tentadora, así que acabó pasando junto con el resto de los asistentes a una especie de sala de profesores atestada de silloncitos e invadida por el olor a café y el repiqueo de las cucharillas.

—Me encantaría tomar una taza de café —afirmó Dulcie.

Viola pensó con fastidio que Dulcie era justo el tipo de persona que diría que le «encantaría» tomar una taza de café insulso, rodeada de un montón de gente de aspecto extraño. Ya la había clasificado como «bienhechora», el tipo de persona que se entrometía en la vida de los demás con lo que se conoce como «la mejor de las intenciones». Se propuso quitársela de encima lo antes posible. Ya era mala suerte que sus habitaciones fuesen contiguas. Viola llegó a plantearse pedir que la cambiasen de habitación, pero al ser sólo para un fin de semana casi no merecía la pena. Además, no sabía a quién tenía que pedirselo.

En un extremo de la sala de profesores había unas puertas de cristal que comunicaban con una especie de invernadero. Viola se las ingenió para separarse de Dulcie en la cola del café y escabullirse por aquellas puertas, sin que nadie la viese; al menos eso esperaba.

Se trataba, en efecto, de un invernadero, con palmeras en macetas y el retorcido tallo de una parra encaramán-

dose en una profusión de hojas en lo alto. Viola se sentó en una silla de mimbre y alzó la vista hacia el frondoso techo, del que colgaban racimos de uvas negras. Era maravilloso poder alejarse de todas aquellas personas espantosas. ¿En qué momento se le había ocurrido ir a aquel congreso? Cerró los ojos conscientemente, imaginándose que alguien podría entrar y encontrársela. Sin embargo, Aylwin Forbes, después de echarle un vistazo al invernadero desde la sala de profesores, retrocedió a toda prisa al verla e inició una animada conversación con la señorita Foy y la señorita Randall sobre conocidos comunes del mundo académico. Finalmente, fue la voz de Dulcie, junto con las de otras dos mujeres, la que interrumpió la soledad de Viola.

—Miren, aquí hay un precioso invernadero, con una parra de verdad. Y hasta con uvas, ¡qué bonito! ¿Le importa que nos unamos a usted?

—Claro que no —respondió Viola con frialdad—. Cualquiera puede entrar, supongo.

Y así concluyó la velada, con Dulcie, Viola y dos mujeres con vestidos floreados de rayón sentadas en las sillas de mimbre, ofreciéndose cigarrillos y especulando sobre la dureza de las camas. La conversación no tardó mucho en perder fuelle y Dulcie y Viola se retiraron a sus dormitorios contiguos.

Antes de dormirse, Dulcie pensó en la gran casa de las afueras donde había vivido con sus padres y su hermana y que ahora era suya, puesto que sus padres habían muerto y su hermana se había casado. Junto a la ventana de su dormitorio había un peral con peras ya maduras; casi podía ver las hojas y los frutos con una perfección prerrafaelita de color y detalle. Septiembre era su mes favorito, con el jardín lleno de dalias y zinnias, ciruelas Victoria para hacer conserva, peras y manzanas de las que «ocuparse», frutos caídos del árbol que había que recoger y seleccionar.

Había sido un buen año para la fruta y quedaba mucho trabajo por hacer. La casa era grande, casi «laberíntica», aunque muy pronto su sobrina Laurel, la hija de su hermana, llegaría a Londres para hacer un curso de secretariado y se quedaría a vivir allí. Dulcie estaba deseando organizar su habitación. Le habría gustado tener la casa llena de gente; quizá podría incluso alquilar habitaciones. Había tanta gente sola en el mundo... Llegados a este punto, los pensamientos de Dulcie tomaron otros derroteros y empezó a cavilar sobre las cosas que le preocupaban en la vida: los mendigos, la gente bien venida a menos, los solitarios estudiantes africanos a quienes les daban con la puerta en las narices, las personas injustamente retenidas en manicomios...

Debía de ser mucho más tarde, pues se dio cuenta de que la habían despertado, cuando oyó que llamaban a la puerta.

—¿Quién es? —gritó, más intrigada que alarmada.

Una figura apareció en el umbral; como Lady Macbeth, pensó Dulcie de forma incongruente. Era Viola, con el pelo negro suelto cayéndole sobre los hombros y una bata de un tejido que brillaba pálidamente a la luz tenue. Dulcie observó que era de satén lila.

—Lo siento muchísimo, seguro que la he despertado —se disculpó Viola—. Pero no podía pegar ojo. Lo peor de todo es que creo que me he olvidado mis pastillas para dormir. No me explico cómo ha podido ocurrir. Nunca voy a ningún sitio sin ellas... —Sonaba desesperada, al borde de las lágrimas.

—Tengo Rennies —le ofreció Dulcie, incorporándose en la cama.

—Oh, no es una indigestión —repuso Viola a la defensiva, molesta por que Dulcie hubiese dado por supuesto que lo que le impedía dormir fuera un malestar estomacal.

—En mi caso, la lectura placentera de un buen libro siempre me adormece —sugirió Dulcie, con la intención de ser de ayuda—. Pero ¿hay algo que la preocupe? Creo que debe de ser eso. ¿Es por Aylwin Forbes? —le preguntó amablemente.

—Sí, supongo. —Viola se sentó en la cama.

—¿Lo quiere o algo así? —Es posible que Dulcie no eligiera las palabras con mucha mano izquierda, aunque qué se podía esperar, si era más de medianoche.

—No sé, la verdad. Ya ve, su mujer lo ha dejado y ha vuelto a casa de su madre, y yo me imaginaba que..., dadas las circunstancias..., que él..., bueno, habría recurrido a mí.

—¿Recurrido a usted? En busca de consuelo, claro, ya veo.

—Hicimos juntos aquel trabajo... Nos hicimos tan amigos, que, claro, yo pensé...

—Tal vez él piense que es demasiado pronto; quiero decir, para recurrir a alguien.

—Pero si es por consuelo... seguro que podría serle de mucha ayuda. A mí me encantaría hacer lo posible por ayudarle.

—Sí, por supuesto que a cualquiera le encantaría. Quizá las mujeres disfruten más que nadie de eso, de sentir que se las necesita y que están haciendo el bien.

—No se trata de mí ni de que yo disfrute de nada —replicó Viola con dureza—. Quiero hacer lo que esté en mis manos por él.

Dulcie deseaba hacerle más preguntas sobre el abandono de su esposa. ¿Se había visto empujada a marcharse por algo que él había hecho? Con todo, creía que aún no era el momento. Por cómo hablaba Viola, daba la impresión de que la parte perjudicada era Aylwin Forbes.

—Puede que la pena le haya calado demasiado hondo —sugirió Dulcie.

—Sin embargo, ha venido al congreso.

—Sí, para distraerse. Puede que le sirva para eso.

—Pero noto que me está evitando —continuó Viola—. Se le veía muy incómodo cuando nos encontramos antes de la cena, ¿no se dio cuenta?

—Bueno, el gong sonó casi de inmediato y todo el mundo empezó a empujar para entrar... Le habría resultado incómodo a cualquiera.

—Y luego, más tarde, cuando yo estaba sola sentada en el invernadero —Viola parecía expresar sus pensamientos en voz alta—, creo que se asomó por las puertas de cristal y no entró porque me vio allí.

—Quizá pensó que habría corriente o que usted no quería que la molestasen —conjeturó Dulcie, cada vez menos convincente en su discurso tranquilizador, pues el sueño estaba a punto de vencerla—. Estoy segura de que todo irá mejor por la mañana —prosiguió, sintiendo que optaba por la salida más fácil—. ¿Cree que podrá dormirse ahora?

«Qué lástima que no podamos preparar una taza de Ovaltine»: aquélla fue la última idea que tuvo antes de dormirse. Un vaso de leche caliente suele aliviar los problemas de la vida.